

LA CALLE LASTARRIA, ANTIGUA CALLE DE MESÍAS Y DE VALDIVIA

ES UNA ARTERIA AMABLE QUE SE HA MANTENIDO FIEL A SÍ MISMA Y QUE ES EL CENTRO DE UN BARRIO CON TOQUE BOHEMIO, EN UN TIEMPO CON MUCHAS VIVIENDAS Y TALLERES DE ARTISTAS, Y HOY CON CAFÉS, LIBRERÍAS, ANTICUARIOS Y COMERCIO GASTRONÓMICO.

Por Sergio Martínez Baeza

La quinta o chacra de la familia Villavicencio daba a la Cañada y se extendía hasta la rivera del río Mapocho, teniendo a su centro un callejón agrario para la extracción de los productos de la tierra. Fue conocido más tarde con el nombre de calle de Mesías, derivado del de una quinta que tuvo, en el siglo XVIII, un nieto del Oidor de Charcas don Diego Messia de Torres, rico vecino de Santiago, cuyos descendientes llevaron el título de Castilla de Condes de Sierra Bella y fueron dueños de los Portales de la Plaza de Armas, de la hacienda de “Las Condes” y de la quinta en esta calle, que tomó el nombre levemente modificado de su propietario.

A principios del siglo XIX, la dueña de la chacra de Villavicencio resolvió lotear su propiedad y ello motivó un aumento del número de vecinos en este callejón. Uno de ellos, llamado don Pedro Barril, procedente de la sureña ciudad de Valdivia, se instaló en una modesta casa de un piso, de adobes y con techo de dos aguas. La tradición popular, que nadie sabe cómo comienza ni a dónde llega, dio en llamar a esta vivienda “La Casa de don Pedro de Valdivia”, tal vez por el pueblo de origen de su propietario y sin otro mayor fundamento.

Pero la voz se corrió de que allí estaba la que fuera la morada del fundador de Chile y la antigua “calle de Mesías” pasó a ser llamada “calle de Valdivia”. Ante esa nueva y falsa realidad, la ciudad y la iglesia estuvieron de acuerdo en elevar allí un templo, que fue la Capilla de la Vera Cruz, cuya primera piedra se colocó el 21 de octubre de 1852, en honor de nuestro padre fundador. Fue su capellán quien después fuera Arzobispo de Santiago, monseñor Crescente Errázuriz Valdivieso. La iglesia fue obra del arquitecto francés Claude Brunet des Baines, y muerto este, terminó su construcción el arquitecto chileno don Fermín Vivaceta. Ha sido declarada Monumento Nacional.

Pero no duró mucho la convicción de ser esta la calle y casa de don Pedro de Valdivia, pues los historiadores descubrieron la falsedad de esta afirmación. Vivió en esta calle el político y literato don José Victorino Lastarria, hombre discutido, pero de reconocido talento, y la calle terminó por ser bautizada con su nombre. Corre entre la Alameda y Merced, y tomó importancia cuando el Gobernador del

reino don Gabriel de Avilés, en el año 1798, decidió prolongar la calle de la Merced hacia el oriente del cerro de Santa Lucía, para unirla con los tajamares. Es una arteria amable que se ha mantenido fiel a sí misma y que es el centro de un barrio con toque bohemio, en un tiempo con muchas viviendas y talleres de artistas, y hoy con cafés, librerías, anticuarios y comercio gastronómico.

En el último tiempo han desaparecido algunos lugares emblemáticos, como “La Casa de la Luna”, donde el español Benedictus vendía antigüedades, o la fuente de soda “El Cabildo”, cerca de la Alameda, que administraba un ex piloto de la Real Fuerza Aérea inglesa; o la tienda “La Maison”, de Álvaro Flaño Amado, en la esquina de Merced; o la carnicería de don Tito; o el restaurant “El Gatopardo”; o el taller de mármoles de don Lorenzo; o la excelente librería de Bertolini, hoy en Providencia (datos de Roberto Merino, “Santiago de Memoria”. Stgo., 1997).

Han pasado los años y en el lugar en que antaño estuvo el Colegio “Martínez de Rozas” de doña Luisa Vicentini y la casa del pintor y restaurador Campos Larenas, se encuentra hoy la plaza del Mulato Gil de Castro. La hermosa casona de la familia Concha Gana, en la esquina de Lastarria con Villavicencio, a punto de ser demolida, fue adquirida por Álvaro Flaño y pasó a ser el “Observatorio de Lastarria”, un notable proyecto suyo, de la arquitecta Cazú Zegers y del escritor Miguel Laborde, entre muchos otros, para mirar a Chile, su geografía y su historia, su paisaje y la obra de sus creadores, para que los hijos de esta tierra se conozcan, se potencien y se estimulen, para ahondar en las expresiones de una cultura chilena, ya madura, que puede y debe ser apreciada por ella misma.

Hoy, la calle Lastarria sigue siendo un lugar privilegiado dentro de nuestra ciudad capital, pues milagrosamente conserva algunos rastros de su origen rural y campesino, de sus tiempos de vida bohemia y de laboriosos artistas, lugar de conversación y encuentro, remanso de paz, de tránsito peatonal, entre el vértigo vehicular de la avenida del Libertador y el alienante hormigueo humano del centro de la ciudad.